

Reg 1247
BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

LA ILUSTRACIÓN
Bética



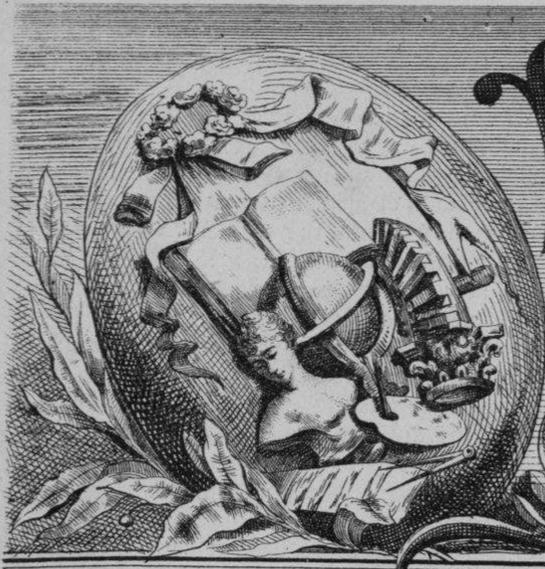
Revista de ciencias artes y literatura

Propietario

Aurelio Orduna

Sevilla

G. Gomez



LA ILUSTRACION BÉTICA

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

	PRECIOS DE SUSCRICION		
	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
Sevilla	48 reales.	26 reales.	14 reales.
Fuera	52 id.	28 id.	15 id.
Extranjero	62 id.	33 id.	18 id.

AÑO I.—NUM. I
 PROPIETARIO
AURELIO ORDUÑA
 Sevilla, 1.º de Abril de 1881.

	PRECIOS DE SUSCRICION	
	AÑO	SEMESTRE
Cuba y Puerto Rico	72 reales.	38 reales.
Filipinas	80 id.	44 id.
Méjico y Rio de la Plata	80 id.	44 id.

NUESTROS PROPÓSITOS

Dotar á Andalucía de un medio ilustrado de publicidad en consonancia con los adelantos de la cultura moderna, y hacer estimar, mediante él, las obras de los escritores y artistas andaluces, no tan conocidos como sus méritos reclaman: hé aquí, esencialmente dicho, lo que LA ILUSTRACION BÉTICA se propone.

Para conseguirlo contamos con el valioso auxilio de cuantas personas representan la Ciencia, las Artes y la Industria en esta hermosa region de España. Contamos, además, con nuestra propia resolucion, que nos obligará á no omitir sacrificio alguno conducente al logro de nuestras aspiraciones.

LA EMPRESA.

REVISTA QUINCENAL

LA ILUSTRACION BÉTICA saluda á Sevilla; ó, lo que es lo mismo, Lúculo come en casa de Lúculo.

Venimos al palenque de las letras con Abril, cuando los colorines y las golondrinas tocan con el ala nuestros cristales, como dijo el más artista de los poetas sevillanos; traemos la sonrisa en los labios y el fuego en el corazón. Al vernos entre tanta luz y tantas flores, no podemos menos de exclamar:

De aquí al cielo, wagon de primera clase; estacion del Paraiso; parada y fonda.

¡Fondas! Hé aquí una palabra que ha de poner el pelo de punta á los ingleses, que suelen tenerlo de oro.

Las fondas en Sevilla, durante la Semana Santa, son verdaderos *asilos*. Yo sé de dos pobres viajeros que pasaron la noche reclinados muellemente sobre la tapa de un piano de cola situado en el descanso de la escalera de uno de los más aristocráticos de nuestros hoteles.

Los espíritus de la noche, filtrándose por entre las hendiduras del dichoso instrumento, arrullaron fantásticamente su sueño con aquella célebre cancion rusa que dice: «*La noche es corta*, etc., etc.

La multitud de ilustres viajeros que han de presenciar nuestras fiestas, que ya alcanzan la categoría de europeas y únicas, nos hace esperar grandes cosas.

Estamos seguros de que las centurias de romanos de la Macarena y de San Bernardo preparan sus relucientes cascos adornados de plumas colosales, sus resplandecientes *tonceletes* bordados de oro y sus borceguíes salpicados de estrellas en miniatura.

Ya verán ustedes cómo no olvidan las golas de encaje, tan usadas en la época.

En cuanto á los mantos, verdaderamente magníficos, de las Virgenes, y las vistosas azucenas de cristal cortado, que adornan los pasos, ya se están vistiendo de lazos. Suenan en nuestros oídos las marchas fúnebres, parece que oímos el roce de las túnicas de los nazarenos de larga cola, y los ecos del *Miserere* y las clásicas saetas se mezclan con el charlar de las andaluzas y el preludio de las Peteneras, que, como una bandada de notas, se divisan en los confines del horizonte.

Voltea el horario, y sigue su curso la procesion.

* * *

Yo veo algo en la atmósfera de nuestro tiempo que me reconcilia con él, apesar de mi natural pesimismo.

Grecia y Roma, un nuevo Renacimiento con su mundo de filósofos, poetas y artistas, con sus coronas de encina y laurel, con su templo de gloria para el

Genio, parece vislumbrarse entre los turbios celajes del mundo moderno.

La fiesta de Víctor Hugo en Francia, el Centenario de Calderon y los homenajes á Echegaray en España, parecen decir á la humanidad con actos elocuentes: allí donde está el Genio, está todo lo grande y digno de alabanza; allí donde el Genio vive, está toda la vida del hombre.

¿Cuándo se han visto en nuestro tiempo esas manifestaciones asombrosas y espontáneas, fuera de los casos en que el poder del oro ó de las armas han elevado las figuras sobre su frágil pedestal?

Dichosos aquellos que logran ostentar sobre su frente, llena de calor y de vida, el verde laurel que se grabará sobre su tumba; dichosos aquellos á quienes la muerte no sirve para nada, ni aún para que la Fama lleve su nombre hácia los cuatro vientos.

* * *

Ya recordarán ustedes que el *Galeoto* inspiró á Dante Aligieri aquellos versos que, traducidos al castellano por el Conde de Cheste, dicen poco más ó menos:

Galeoto fué el libro, y desde entonces
 Ya nunca más leimos, etc.

Ahora bien, ¿creerán ustedes que, parodiando al gran autor de la *Divina Comedia*, algunos autores modernos de los que se dan tono en la Corte, dirán «*desde que leimos EL GRAN GALEOTO, ya nunca más escribiremos?*»

Pues nada de eso. Hay barbilampiño que desde que ha olido á hojas de encina y de laurel público, se está peinando á propósito para usar corona.

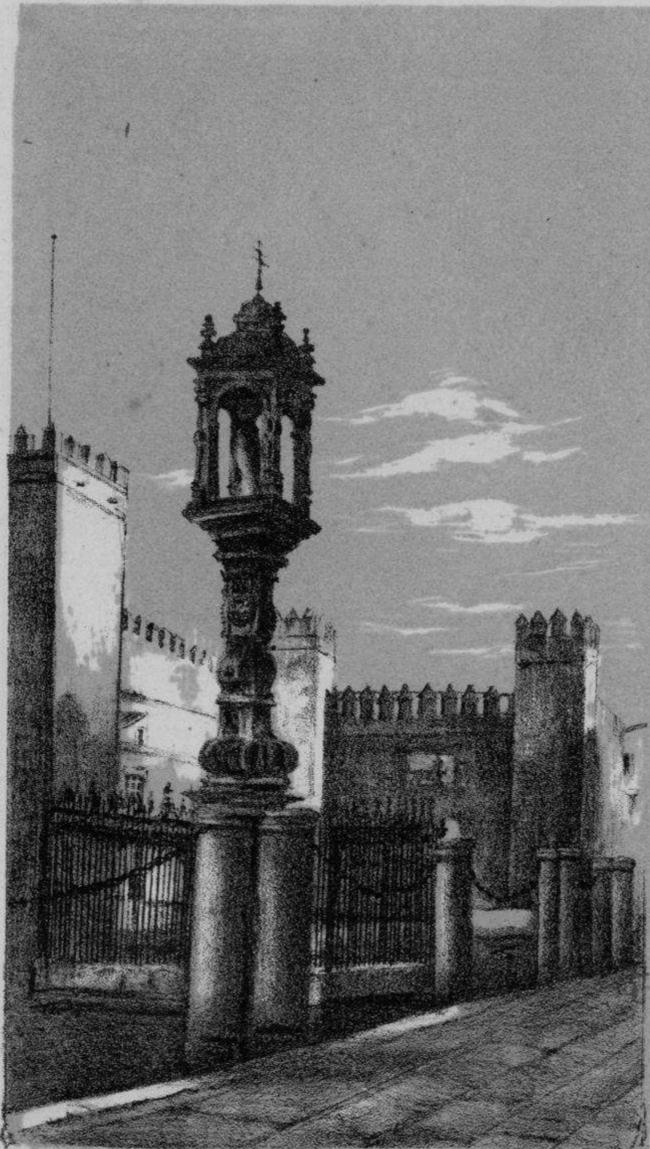
EL DÓMINE LÚCAS.

NOTICIAS SOBRE UNA FORTALEZA

DE LA VILLA DE TRIGUEROS

Hay en la provincia de Huelva algunos edificios monumentales que recuerdan las pasadas glorias del país y se enlazan estrechamente con los hechos de su historia: muchos fueron arruinados ó destruidos, otros están mal conservados, y en casi todos se muestran más ó menos claramente las pruebas del olvido y abandono á que los condenaron las generaciones posteriores, como inútiles ya para satisfacer las necesidades de una cultura superior. Por las noticias y documentos que se conservan posteriores á la Reconquista, tenemos conocimiento de muchas fortalezas y atalayas, y de algunos recintos amurallados que entónces poblaban el territorio y son testimonio elocuente del predominio de la fuerza sobre el derecho en aquellos dias; unos habian sido edificados en la antigüedad, otros debian su origen á los árabes y algunos pocos á los cristianos, segun de todos nos dicen ya la posicion, ya el destino, ora el nombre conservado, ora los materiales de su construccion y los caracteres arqueológicos.

Sin alejarnos mucho de la villa á que este artículo se refiere, nos ofrece la arquitectura militar modelos de construccion romanas en lo que podemos colegir por los restos de



SEVILLA.—El Triunfo.

una atalaya nombrada *La Torre*, á media legua Sudoeste de Trigueros; Niebla presenta en sus fortificaciones el arte árabe cubierto en algunos puntos por obras mudéjares y por aquellas que inician el Renacimiento; Huelva, Palos y casi todos los pueblos, tuvieron tambien sus defensas ó castillos, siendo algunos tan notables como el arruinado de Gibráleon, que sirvió de morada al Rey Alonso XI y de palacio á los Marqueses dueños de la villa, y el magnífico de Niebla, á cuya torre no hallaba Rodrigo Caro igual en altura y grandiosidad, fuera de la Giralda sevillana. Mas prescindiendo por ahora de dar noticias de todos ellos, apuntaremos sólo las que hemos podido recoger sobre una fortaleza de Trigueros, distinta de la que ántes nombramos.

Al Sur de esta poblacion, y tocando á sus edificios, hay un pedazo de tierra que conserva el nombre del *Castillo*, como recuerdo del que en ella hubo: sabemos por algunas noticias escritas y por relatos tradicionales que era un cuadrilátero rectangular de buena extension, cercado de fuertes murallas de compacta argamasa y trozos de piedra, con cuatro altas torres en sus vértices; la del Sudeste se llamaba de la Sangre, quizás por estar en ella pintado de color rojo algun escudo de armas ú otra insignia: tenía dos pisos con habitaciones; las altas de hermosas vistas, pues dominaban una extensa llanura, y en el interior un espacioso patio: contiguos al edificio hubo otros fuertes de piedra de no menor altura, con almenas, y á todos sobresalía una torre, que probablemente fué la del homenaje.

Su estilo arquitectónico hemos de averiguarlo por el testimonio de Perez Quintero, el cual, sin embargo de no haberlo conocido, afirma en su *Beturia Vindicada* (§ 157) que era el mismo de la iglesia parroquial de esta villa; su aspecto hermoso y magnífico, admirable la solidez de sus muros, y la imaginacion del pueblo inclinada á lo maravilloso, acumuló en estas ruinas varias relaciones de fantasmas y encantamientos, como de ordinario acontece á tales edificios, y á éste quizás con mayor motivo por tener galerías subterráneas que parecen dirigirse á él desde la poblacion.

Acercas de su antigüedad andan encontradas las opiniones: unos lo creen romano, aduciendo en prueba la solidez de su construccion, la clase de materiales usados en su fábrica, los subterráneos mencionados y un idolillo encontrado en sus cimientos; posible es que su primera edificacion correspondiese al mencionado pueblo; mas las razones expuestas son insuficientes para demostrarlo; la única que pudiera tener algun valor es el ser de argamasa el aparejo, y hoy sabemos que tal sistema fué usado en España en todas épocas sin ser característico de ninguna; sin embargo, el estudio de algun fragmento, si se conservara, podria servirnos para fundar una opinion probable. Otros más aficionados á los árabes suponen que lo fabricarian cuando eran dueños de este territorio; pero tampoco es probable, pues Perez Quintero afirma que su estilo arquitectónico era el mismo de la iglesia parroquial, y ésta es gótica: los moros fueron expulsados de esta villa al mediar el siglo XIII, y entonces empezó á ser conocido en Andalucía el estilo ojival, y sólo le empleaban en sus construcciones los pueblos cristianos, siendo luégo el dominante hasta los primeros años del siglo XVI en que cedió su cetro al Renacimiento.

Otra fecha más determinada trae Barrantes Maldonado en sus *Ilustraciones* á la Casa de Niebla, pues hablando del conde D. Enrique de Guzman y de su afición á renovar edificios, dice por los años de 1469 (lib. 8.º cap. 1.º):—«Ansimismo hizo de nuevo dende los cimientos la fortaleza de Trigueros, que es en el condado de Niebla»;—pero no conviene Quintero con este dato y lo interpreta como una renovacion ó reparacion sencilla. Siendo tan escasas las noticias y no existiendo ya ni ruinas, sólo podemos presumir por razonadas conjeturas la época de su fundacion. Pudo ser ésta la romana, y en los siglos posteriores atenderian á su conservacion con reedificaciones más ó ménos importantes. Apoderados los cristianos de esta villa en 1261, si no tenía fortaleza la necesidad les hubiera hecho levantarla en aquel siglo ó en los dos siguientes para evitar las frecuentes incursiones de los moros por la costa, como parece indicarlo su posicion frente al mar, y tambien para defenderse de las repetidas entradas de los portugueses, con

especialidad en el siglo XIV. Si estas razones no fueran suficientes, debemos aceptar como único y seguro el dato de Barrantes, por ser una afirmacion explicita y estar confirmada por la analogía que Quintero señala con la parroquia. Ambos monumentos son ojivales; pero el castillo, tal como existia en el siglo pasado, debió ser el más moderno.

Las galerías subterráneas de esta villa son muchas, pero ninguna ha sido bien reconocida: las hay espaciosas y próximas al colegio que fué de jesuitas; por la direccion de una, parece que pudo servir para comunicar la parroquia con la fortaleza; pero estas obras tal vez no tengan relacion alguna con ámbos edificios y pertenezcan á época diferente. Entre las ruinas del castillo menciona Perez Quintero el hallazgo, despues de 1755, de «un idollito de una cuarta de largo, de metal de almireces, »con cabeza y orejas de perro, cuello con collar »muy primoroso de ave, como tambien su cuerpo, »alas, cola y piés»; pero nada diremos sobre este objeto por no tener directa relacion con nuestro actual estudio.

Los Condes de Niebla, señores de la villa, lo eran tambien de la fortaleza, segun consta entre otros datos por algunas actas sobre su posesion y por informe de testigos hecho en 1678 en el expediente para eximir á esta villa de la jurisdiccion de Niebla, en el cual se dice estar maltratado y caido por algunas partes: por efecto de este abandono, sirvió en los siglos XVI y XVII de albergue á ciertas familias: así en 1566 moraban en él unos portugueses segun los libros bautismales. Los Condes cobraban la renta llamada de *castilleria*, y nombraban Alcaldes, los cuales habian de jurar y tomar posesion ante el Ayuntamiento, en el que tenían voz y voto, yendo anejo á su cargo el de Capitan de los caballeros de gracia. Recordaremos los nombres de los Alcaldes siguientes:

Juan de Vallejo—1579.
Martin Davila Arteaga—antes de 1600.
Martin Davila (hijo)—1600.
Luis de la Cueva Rivamartin—1616—1630.
Juan Prieto de Vayas Nuñez Tenorio—1636.
Juan de Vallejo Velasco—1642.
Rodrigo de Vallejo (hermano).
Jerónimo García Valladares—1750—1773.
José Barrera Estevanarte—1773.

Hállase unida la memoria de este fuerte á algunos sucesos históricos que no creemos fuera de propósito referir. En 1508 poseía el condado de Niebla el duque D. Enrique de Guzman, jóven de pocos años, bajo la tutela de D. Pedro Giron, quien intentó socorrer al Marqués de Priego en la revuelta de Andalucía: venía el Rey á apaciguarla, cuando á nombre de ámbos le prometieron el Condestable y el Conde de Ureña no ir contra su servicio, y como prenda entregar las fortalezas de Sanlúcar, Huelva y Vejer: para mejor traerlos á su obediencia, proyectó el Monarca casar á D. Enrique con la hija del Arzobispo de Zaragoza; pero el tutor le habia ya desposado con María Giron, hija del Conde de Ureña, y marchaban á Niebla para velarse, cuando los emisarios del Soberano anunciaron al Giron que entregase los castillos. Rechazada esta propuesta so color de no haber intervenido personalmente en la promesa, hubo de repetirse la embajada á Medina-Sidonia, donde estaba D. Pedro, obteniendo la misma contestacion, que fué llevada por un caballero del Duque llamado Francisco de Espindola.

Pasó el Rey á Sevilla, y sus tropas se alojaron en Triana, Alcalá de Guadaira y del Rio, y la artillería en Utrera: hizo nuevas gestiones sobre el asunto, mas ahora respondia D. Pedro que el Duque casado y velado era ya único señor de sus tierras, y hubo de venir á Sevilla llamado por el Rey, quien le recibió tan mal como cariñoso se mostró hácia el Duque: fué privado D. Pedro de la tutoría y se le desterró de los Estados de Medina-Sidonia, pero halló medio de convencer á D. Enrique, y en una noche huyeron ámbos por la posta á Niebla y de allí á Portugal acompañados del ayo Juan Ortiz. D. Fernando mandó entonces que se entregasen todas las fortalezas, y esto dió ocasion á un saqueo ruinoso para Niebla, del que dan noticias Medina, Barrantes, Caro (Corografía fól. 217) y Mariana (Hist. lib. 29, cap. 13). Nosotros copiaremos las palabras de Zurita en su historia de este Rey, libro 8, cap. 25:

«Los Alcaldes de las fortalezas de Niebla y Tri-

gueros no quisieron obedecer los mandamientos ni comparecer en la córte, excusándose que no las podian entregar sin mandado del Duque su señor, y fué enviado el alcalde Mercado para requerir que las diesen, y ménos fué obedecido ni se le dió lugar que entrase en Niebla, y le cerraron las puertas de la villa. Fueron rebeldes no solamente el Alcaide, pero los Alcaldes y Regidores de la villa, y pusieronse en armas y mandaron aderezar los tiros de pólvora para su defensa, y ordenaron la gente para que se pusiese en resistencia, y mandó el Rey ir los soldados que estaban en Utrera, que serian hasta 1,500, con la gente de las guardas, y entraron una mañana por combate y fuerza de armas la villa, y pusieronla á saco y no dejaron de cometer todo ejemplo de crueldad y avaricia como si fuera lugar de enemigos.»

«Entró con ellos el alcalde Mercado y prendió á los Alcaldes y Regidores del pueblo y un escribano, que entendió ser más culpados en aquella alteracion, y fueron colgados de las almenas como rebeldes. Con este castigo se puso grande terror á todos, y el Alcaide hizo su partido y entregó la fortaleza, y volvieron los soldados á Utrera cargados del robo y saco de Niebla, que era un rico lugar, como si le hubieran ganado de los moros, y el Rey puso allí Alcaide por la Corona. Tras esto se entregó luégo la fortaleza de Trigueros sin que fuese necesario enviar allá más gente. De esta manera, por todo el mes de Noviembre estaba el Rey apoderado de todas las principales fuerzas de aquel Estado, y encomendó el cargo de la gobernacion de él al Arzobispo de Sevilla y algunos caballeros.»

Si era necesario para la defensa, se aderezaba y pertrechaba nuestro castillo, y aun cuando esto sucedió pocas veces, tenemos ejemplo en el año de 1596, en el cual, temiéndose una entrada de los moros por los puertos de Huelva y San Juan, acordó el Cabildo de Trigueros levantar una puerta de hierro, segunda de la fortaleza, que estaba en el suelo, gastar en los reparos lo que fuese necesario y hacer uno ó dos hornos donde se cociese pan para la gente que allí se recogiera. Ya desde esta época se comprende que estaba descuidado, y así continuó hasta el punto que demuestra la siguiente nota puesta en los libros de Acuerdos dos siglos despues: «En 19 de Enero de 1751 á las siete de la mañana se cayó y arruinó la esquina de la torre mayor del castillo que miraba al Calvario, que fué como la cuarta parte de ella, arrancándose desde el pié hasta lo alto.»

El terremoto de 1755 lo acabó de destruir casi por completo, y el Ayuntamiento escribió al Conde pidiendo los materiales de estas ruinas para la reedificacion de las casas que habian sufrido con aquel accidente, segun lo proponia una carta del Corregidor de Huelva, donde se habia hecho otra peticion semejante. Contestó el Conde desde Madrid el 27 de Enero de 1756 concediendo á los vecinos más necesitados, como ayuda para reparar sus casas, la piedra y materiales arruinados ó que amenazaren evidente ruina, para cuya distribucion dió orden al Alcaide. Así se hizo, y por algun tiempo usaron esta licencia, desapareciendo pronto hasta los cimientos.

FERNANDO BELMONTE Y CLEMENTE.

Á LA PRINCESA MARÍA RATAZZI Y Á D. LUIS DE RUTE EN SUS BODAS

España, Francia, Itália en este día
En vínculo feliz de amor se estrechan,
Y la Discórdia y el Error, que acechan,
Huyen como ante el Sol la noche umbría.
Hoy unida la augusta Poésía
Á la Ciencia inmortal, frutos cosechan,
Que ya cuidados y temor desechan
Y esposos tiernos son LUIS y MARÍA.
¡Plácida union, que la Latina gente,
Símbolo de la suya victoréa,
Y que gozosa ensalza nuestra mente!
¡Dichosa una y mil veces siempre sea,
Y nunca el mundo en vuestra noble frente
La huella del dolor marcada véa!

FERNANDO DE GABRIEL.

19 de Enero de 1880.

EN LA CONMEMORACION DE LA MUERTE DE AYALA

¡Epitalámio ayer, hoy elegía!
¡Cuán fiel trasunto de la vida humana!



«UN PEINE IMPREVISTO.»
Cuadro de T. POVEDANO.—(Copia del mismo autor.)

RECEIVED
MAY 12 1964
MADRID

¡Tras la risa el dolor, la muerte insana
Alzándose perenne en nuestra vía!

Ayer ante nosotros contraía
Lazo sagrado Musa soberana;
Hoy á juntarnos vá suerte inhumana
De un vate insigne ante la Tumba fría.

¡Ayala, noble amigo, jamás, nunca
Tu mano tornará á estrechar la nuestra,
Ni á fijarse en nosotros tu mirada!

Mas si la vida material se trunca,
Subsiste el alma, que de Dios la diestra
Lugar marcóle en su eternal morada.

FERNANDO DE GABRIEL.

20 de Enero de 1880.

¡ETERNA DUDA!

Sonreíase el niño en la cuna,
Y el anciano decía:—«Un sér nuevo,
¡Cuántas penas le guarda el destino!
Aprender, cuando guste de juegos;
Trabajar, cuando agiten su alma
Del amor los ardientes deseos;
Y al correr de los días y años,
Ver pasar de su vida los términos,
Contemplando su propio cadáver,
Muerto el niño y el joven... y luégo
La vejez, y la muerte del alma
Cuando el viejo se torna en decrepito.»
El destino quizá compasivo
Del anciano escuchara el lamento,
Y la muerte llegóse á la cuna,
Y la madre, con férvido anhelo,
Hasta Dios elevó su plegaria,
La salud de su hijo pidiendo.
Murió el niño; la madre gemía,
Y el anciano guardaba silencio,
Y nublaba su frente la duda
Á que llega el audaz pensamiento,
Cuando mira llorar al creyente
Por el niño que sube á los Cielos.

LUIS VIDART.

Madrid, Enero, 1881.

¡EL ATÉO!

¡Ciego de orgullo está! No alcanza á ver
Lumbre del Cielo en su razon brillar...
Cuando eternas verdades quiere hallar,
Ni á sí propio se puede comprender.
¿No vé de Cielo y Tierra en todo sér
La existencia Divina palpar?
¿No es Dios luz y consuelo? ¿Creer y amar
No es mejor que dudar y aborrecer?
Lucha es tenaz su mísero vivir:
Se juzga en su arrogancia un semidios,
Y del Cielo la voz no sabe oír...
¡Jamás irá de su delirio en pos!
Yo quiero, como el justo, en paz morir,
Con la mano en la Cruz y el alma en Dios.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

SUEÑO Y REALIDAD

Cerré el libro y entorné los ojos. El poeta habia logrado sacarme de las realidades de la vida y sumergirme en un mar de idealidades. Á mi vista surgieron, evocados por el conjuro mágico del genio, siglos sepultados en el polvo, tan exhuberantes de vida y tan ricos de color como realmente lo fueron, presos en las redes de sus errores y coronados con la diadema de sus sueños. Ante mí desfilaron las legiones victoriosas en Flandes y Portugal; los hombres de mar, que en Lepanto vencieron al Islamismo; los que con Colon, Cortés y Pizarro inventaron nuevos mundos; reyes que empuñaron la cruz y la espada; infanzones é hijo-dalgos, que, á semejanza de D. Quijote, quebraron más de una lanza por su dama y pelearon con molinos de viento y rebaños de ovejas; poetas que murieron de amor; filósofos que persiguieron en vano la verdad; sabios que maldijeron de su filosofía; nobles que alcanzaron con la punta de su espada sus ejecutorias, y plebeyos que pintaron con su sangre los cuarteles y las empresas de los escudos nobiliarios.

Aquel turbion de gente, desfilando á mi vista con la rapidez vertiginosa del remolino, me causó el mareo de la embriaguez; algo parecido al aturdimiento que producen al viajero el ruido del tren y la velocidad que finge el movimiento de montes y cerros, de árboles y plantas, de rios y lagos, de toda la naturaleza, en fin, que, serena é inmutable, ve pasar al loco encerrado en su jaula.

Á la embriaguez sucede el sueño. No sé cuánto tiempo dormí. Cuando desperté, claridad vivísima alumbraba, y me encontré rodeado de un sinnúmero de personajes á quienes en otras ocasiones habia visto, y á quienes tenía por muy amigos míos; pero de cuyos nombres no me acordaba en aquel entónces; lo cual no es de extrañar, porque despues del sueño profundo, necesitan las facultades anímicas del llamamiento de la voluntad para enlazarse y entretenerse, para ocupar cada cual su puesto y volver al trabajo

interrumpido; así como los soldados á la voz del jefe, despues del asueto empuñan las armas, reorganizan las dispersas filas y entran en batalla tan animados y ágiles como si su descanso hubiese sido el pelear.

—Antes de ahora os he visto—exclamé.—Sois mis amigos; pero no acierto á pronunciar vuestros nombres. Y recuerdo que alguno de vosotros me ha hecho llorar, y caigo en la cuenta de que entre vosotros está tambien quien me ha hecho reír á mandíbula batiente.

—Eso de la risa lo diréis por mí—exclamó un mozalvete barbilampiño y con aires de socarron y pícaro redomado.

—¿Quién eres tú?—le pregunté.

—Soy quien soy y me llamo como han querido llamarme, Clarin, Rebolledo, etc., etc. Y permitidme, ya que á mí me es permitido todo, porque soy como yo solo entrometido, y llevo y traigo, y salgo y entro por donde quiero, porque ninguna puerta está cerrada al ingenio y la donosura, que os presente á esta nobilísima señora...

—Perdonad,—dije dirigiéndome á una hermosísima dama que, acompañada de un Rodrigon, se ofreció á mi vista;—perdonad que, no os haya recibido como por ser dama os mereceis. Á vuestros piés, señora, caigo rendido por vuestra belleza.

—Sellad el labio—me interrumpió aquella hermosura—si vais á decirme lisonjas. Dama soy y española, y tengo en más la virtud que la belleza; porque ésta es fugaz y aquélla perdurable. El amor me impone sus leyes y el honor me aprisiona con sus cadenas. Doncella, hago del amor el culto á un solo hombre. Por él doy hasta la vida, y lloro desdenes del ingrato. Casada, soy avara de un tesoro, del honor de mi esposo; que no dejan de ser leyes por ser leyes tiranas las que hacen que el marido pague agravios que no infirió, y la que preceptúa que la ofensa sea de quien no cometió la culpa.

—¡Dígame yo!—exclamó un apuesto caballero, adelantándose de entre el grupo de personajes.—Yo, que, médico de mi honra, maté lo que más queria.

—Os reconozco,—le dije:—sois el caballero español. Veis en la mujer abreviado cielo; proclamais que no hay vida como la honra; dais al rey la vida y la hacienda, nó el honor;

porque el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios:

poneis á la puerta de vuestra casa la muestra de vuestro ejercicio; tenéis mucho de D. Quijote, y á veces no sois tan avisado como Sancho Panza.

—Pero yo—replicó el primero de los personajes que habian hablado—pongo las cosas en su punto.

—¿Y cómo haceis esa maravilla?

—Si mi señor mira al cielo, yo le advierto de los tropezones que puede dar en la tierra. Mi amo se pasa los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio, pensando en cosas que le devanan los sesos; y yo, que no sé de retóricas, y que llamo al pan pan y al vino vino, más me precio de mi ínsula Barataria que de los dorados cabellos de mi dama, que sé que no son dorados, porque son cabellos; y en eso de las leyes del honor, entiendo que debemos hacer lo que Dios nos manda.

—¡Bellaco que sois y harto de ajos!—gritó con voz desaforada un militarote con más barbas que un zamarro.—¿Qué entendeis vos de leyes del honor? Por el Diablo, que me dió esta pierna, que deberiais de estar en galeras.

—Mi señor D. Lope,—añadió aquél,—cepos quedos, y cuidese más que de mí de meter en cintura á capitancillos que van de lugar en lugar cortejando doncellas, y de alcaldes como Pedro Crespo, que, atropellando por todo, así ahorcan á un capitán como ponen á raya al noble más encopetado y al más rancio hidalgo.

—¿Qué es eso de rancia hidalguía? Aquí estoy yo, tan noble como el Rey, y digo poco, que allá allá se van los reyes y mis abuelos en esto de nobleza, para no permitir que ningun villano se me suba á las barbas.

—D. Toribio Cuadrado, montañés por todos cuatro costados.... Perdone su merced; que no lo dije por vos, sino por....

—¡Por cien mil legiones de demonios que carguen con vuestras impertinencias!—exclamó el personaje á quien el adulador de todos los Segismundos habia nombrado D. Lope de Figueroa. ¿Qué disputar es este? ¿Hemos, por ventura, venido aquí á hablar sin ton ni son? ¿Es esta ocasion de que cada cual saque á plaza sus méritos y servicios?

Callaron todos, y yo quedé pendiente de las palabras de D. Lope, que siguió diciendo:

—Cuanto somos, seor soñador, no lo debemos á nosotros mismos. Esta dama y este caballero, ese hidalgo rancio y ese pobrecito hablador, ese escudero y aquel soldadote, éstos y los otros, y otros muchos y yo mismo, figurillas al parecer, polichinelas que accionan movidos por la mano del juglar, que en desvencijada barraca los exhibe en la plaza pública para

recreo de necios y advertimiento de avisados; somos simbolo, cifra y compendio de altos sentimientos.

—¡Harto os conozco! Sois....

—Somos los mismos que no há muchos años respondimos á la voz de Ayala.

—Así es—añadió. Corria el año 1867. Adelardo reunió á los vates sevillanos:—honremos el genio español—les dijo; y le honraron; pero en términos tales, que aún resuenan en mis oídos los aplausos de un pueblo entusiasta de sus glorias.

—¡Por esta pierna que me dió el Demonio, que cabe á Sevilla la gloria de ser la primera ciudad de España que loó dignamente en la escena la memoria del gran dramático!—exclamó D. Lope.

—Y yo me hallé en la fiesta con este pobrete de Rebolledo—añadió una moza descocada, en quien reconocí á Chispilla la Bolichera.

—Y yo—dijo D. Toribio Cuadrado—puse en los cuernos de la luna al gran D. Pedro, «que si no ¡fué montañés, fué un ángel del cielo.»

—Por esta vara—exclamó Pedro Crespo—juré que quien en fiestas dedicadas al gran autor no se entusiasme, no es cristiano ni español.

—Y por estas, que son cruces,—exclamé yo,—que bien merece un recuerdo el poeta que consagró su vida á estudiar aquel genio y á conservar viva su memoria en nuestro pueblo....

—Gloria al Príncipe de los dramáticos y gratitud á Ayala—dijo una voz, que no supe de dónde salía; pero que me llegó á lo más hondo del pecho, y tal sacudimiento me produjo, que me hizo abrir los ojos; y mirando á mi alrededor, me ví abandonado á mi soledad, teniendo entre mis manos un libro, en cuya portada decia: *Comedias de D. Pedro Calderon de la Barca.*

LUIS MONTOTO.

DEMÓCRITO Y HERÁCLITO

I

Desde la fantástica trinidad *Brahma, Vishnou y Siva* de los indios, hasta el trascendental entimema de Descartes, *Cogito, ergo sum*; desde el *Homo homini lupus* de Hobbes, servil autor del *Leviathan*, hasta el *Espíritu universal* de Krause, la Filosofía ha ido pasando por sucesivas etapas, que marcan las indefinidas evoluciones del espíritu.

Ya en la antigua Grecia luchaban las escuelas entre sí, cuando apenas la idea incubaba al calor del Pórtico y de la Academia.

Por una parte la escuela epicúrea, por otra la estóica: ambas se disputaban los prosélitos, y ambas aspiraban á la supremacía.

Para la primera, la moral estribaba en el placer, y Metrodoro, predilecto discípulo de Epicuro, se indignaba contra su hermano Timócrates, porque éste dudaba de que toda la felicidad consistiese en el vientre; *quod dubitet omnia que ad beatam vitam pertinent ventre metiri.* (Cic. De nat. deor. lib. §. 40). De aquí la máxima epicúrea *vita brevis est bona.*

Los beocios como los atenienses, seducidos por tales teorías, cuando más necesitaban de pensamientos nobles y de generosas acciones, como se expresa César Cantú, entregábanse á los placeres de la mesa, y se asociaban, nó para la defensa, sino para la crápula y la orgía, dejando, al morir, parte de sus bienes para costear banquetes anuales.

Para los estóicos, cuyo jefe fué Zenon de Citium, la moral consistia en un rigorismo exagerado y en una restriccion absoluta.

Colocaban al hombre á una altura inaccesible, y la generalidad desesperaba al no poder realizar el ideal, que habia forjado la cabeza de un visionario; así es que únicamente se daba oídos á esta filosofía, cuando decia á las personas agobiadas de padecimientos, *suicidate*, síntesis gráfica de las doctrinas de Perseo, de Cleanthes y Crisipo.

Estas dos escuelas eran igualmente extremadas, y evocan el recuerdo de Demócrito y Heráclito.

II

El célebre contraste, que establece la tradicion entre estos dos filósofos, no es puramente ilusorio, no es un juego de imaginacion, fundado en las filosofías de aquéllos, puesto que son derivadas de una misma fuente.

El verdadero paralelo resulta de la idiosincracia antagónica que los distingue.

Y esto se verá más claramente, cuando hagamos á grandes rasgos el resumen de sus sistemas filosóficos.

Existieron en Grecia tres Demócritos además

del que ocupa nuestra atención. Demócrito, el poeta epigramático, á quien alaba el historiador Diógenes Laercio; Demócrito, el escultor, citado por Plinio, y Demócrito, el *Mistágo*, artista del sagrado arte.

Demócrito el filósofo nació en Abdesa 470 años segun unos, y 460 segun otros, ántes de la era vulgar.

Renovó la teoría atomística de Leucipo, á cuyas lecciones añadió aquél la instrucción adquirida en sus viajes por el Egipto, la Etiopía y la India. Consideraba á los átomos corporales y al vacío como el principio único de todo cuanto existe. Creía al alma humana un conjunto de átomos de fuego, y á la sensibilidad un hecho pasivo, afirmando que el alma era la cera y las sensaciones el sello. Por lo demás, coloca el origen del conocimiento en la razón y nó en los sentidos, lo cual le separa de Epicuro.

En moral, hace consistir el supremo bien en la tranquilidad del alma. Sus obras abrazan todos los ramos del saber humano, y las mencionadas por Diógenes Laercio son las siguientes: *De la triple generacion; De los infiernos; De la tranquilidad del alma; Descripción del mundo; De las plantas; De la naturaleza del hombre, y De las causas celestes.*

Como se nota, en átomos de fuego hace consistir la parte más noble é integrante de la entidad humana, el alma.

En esto precisamente se da la mano con Heráclito, que admite el fuego como principio de todas las cosas.

Heráclito, apellidado *El Físico*, nació en Éfeso, Asia Menor, muriendo 480 años ántes de J. C. Es tenido como fundador de la escuela jónica, caracterizada por el naturalismo exclusivo de sus principios. Viajó mucho en su juventud, y opinase que por Oriente, por profesar doctrinas en boga entonces en la Alta Asia.

Heráclito decía que la vida individual no es vida, sino en cuanto es comun con la vida universal, y que todo lo que se nos presenta en comun con todos los hombres, debe creerse, porque es la expresión de la razón divina. Ciceron, copiando este argumento, escribió: *In omni re consensus omnium lex naturæ*, etc.

Heráclito inició la idea del panteísmo.

Escribió una obra titulada: *De la naturaleza*, dividida en tres partes, *física, política y teológica*, de la cual no quedan más que fragmentos.

Para él, el instrumento que obra el prodigio de las transformaciones del sólido en líquido y viceversa, era el fuego, sin que se entienda por esto el fuego de llama, que chisporrotea en el hogar ó que estalla en el incendio, sino el que está esparcido en toda la creación. Lo más puro del fuego constituye el alma.

Véase si no hay gran analogía entre esta idea de Heráclito y la de Demócrito. En ambas teorías se ve al fuego informando el espíritu humano.

De lo cual se desprende que la especie de antítesis y contradicción, simbolizada en estos dos hombres, debe ser hija de la manera típica y peculiar de sus caracteres.

Fijados éstos, aparecerá de relieve la evidencia de nuestro aserto.

III

Los filósofos legendarios, Demócrito y Heráclito, pecaban por exceso; el uno reía, el otro lloraba.

El uno era la luz, el otro la sombra.

Así los describe Campoamor en su bella poesía *La comedia del saber*:

*Gime Heráclito. Y á poco
Sale Demócrito y mira,
Y al ver que el otro suspira,
Se echa á reír como un loco.*

Á aquél se le atribuye el famoso dicho de que la verdad estaba oculta en un pozo muy profundo y que sería buscada en vano.

Esta extravagancia recuerda la del cínico Diógenes, al buscar un hombre con una linterna encendida en la mitad del día.

Á Demócrito cuadran perfectamente los dos exámetros de Horacio:

*Democritus, bona pars non unguis ponere curat,
Non barbam, secreta petit loca, balnea vitat.*

No le preocupaban la apariencia ni el trato so-

cial; cifraba su gloria en el abandono, y como de todo se burlaba, nada podría distraer ni reconcentrar su espíritu.

Su risa, en frase del insigne Balmes, *fué el preludio del excepticismo, que hizo despues estragos en la filosofía griega.*

Su espíritu, encarnado acaso en Voltaire, hizo resbalar á la humanidad por la horrorosa pendiente de la duda y de la negación.

Quizás conocía á fondo la imposibilidad de penetrar la esencia de las cosas, y en un continuo acceso de impotencia reía sardónicamente, y, desechado, encubría con la máscara de la ironía y el escarnio las dificultades de la dialéctica.

Así reiría Cervantes, al fotografiar en sus obras las costumbres y tendencias de su época; así reiría Quevedo, y así rien los genios que á través del oropel de la forma columbran las negras tintas de la realidad.

Heráclito era altivo y de carácter atrabiliario, que ya hemos dicho estaba en contraposición con el de Demócrito.

Tuvo pocos discípulos, y á esto contribuiría su ninguna amabilidad, pues, como advierte oportunamente el inmortal autor de *EL CRITERIO*, *los hombres no son amigos de una filosofía que empieza por llorar.*

Despreciaba á todos los hombres, y en particular á los de Éfeso, yéndose á vivir á las montañas, donde se alimentaba de raíces y frutas silvestres.

Dominado por su misantropía, renegaba del mundo, y le prestaban grato solaz el aislamiento y el retiro. Allí, á solas con su pensamiento, se entregaría de lleno al estudio y á la meditación.

Él, como Demócrito, aunque de un modo contrario, desairaba á la sociedad engañosa, que brinda su seno con la aleve sonrisa de la sirena.

No de otra suerte lloraría el profeta Jeremías, al vaticinar las ruinas de Jerusalem; y lord Byron, Espronceda y E. Heine, al apurar el vaso de sus infortunios.

La posteridad ha dado á Heráclito el sobrenombre de *Filósofo tenebroso*.

Habiéndose tornado hidrópico, preguntó á los médicos si podrían volver despejado un tiempo lluvioso, y, no satisfecho de la respuesta, se dejó morir.

Hé aquí cómo los extremos se tocan, y cómo tienen puntos de contacto dos filósofos de idiosincracia diametralmente opuesta.

FRANCISCO RUIZ ESTEVEZ.

Sevilla 22 de Marzo de 1881.

ILUSTRACIONES

EL TRIUNFO.—Este monumento es una graciosa columna que sostiene un templete, dentro del cual hay una imagen de la Virgen. Fué erigido en conmemoración del gran terremoto que ocurrió el día 1.º de Noviembre de 1775 á las diez de la mañana. Se encuentra en el paseo del mismo nombre.

UN PEINE IMPREVISTO.—Cuadro de D. T. Povedano (copia del mismo autor).

SALONES

Sevilla comienza ya á cubrirse con su espléndido manto de azahares; el tibio ambiente que respiramos llega hasta nosotros saturado por las rosas y las violetas. No es ya una ciudad como otras, es un eden en que todo cuanto nos rodea seduce el alma. Es un verdadero paraíso, que por do quiera ofrece todos los encantos de una naturaleza variada, exuberante, espléndida. En estos momentos una onda cargada de perfume llega hasta mí; es la primavera que se acerca perezosamente, reclinada en su trono de nubes impalpables de ópalo y de oro: sin saber por qué, acude á mi cabeza un mundo de recuerdos, y sin darme cuenta, la imaginación me traslada á otros días. Creo ver á Sevilla animarse con una movilidad extraordinaria, henchir las gentes sus calles, obstruirlas, produciendo un murmullo sordo é incoherente; me figuro trasportado á los días de la Semana Mayor, con sus características procesiones, sus nazarenos de mil colores, sus refulgentes pasos, sus infantiles cuanto ostentosos legionarios romanos, sus cruces de plata, sus bordados estandartes, sus nubes de incienso, y, por último, sus melancólicas marchas fúnebres, que quedan siempre en nuestros oídos y que siempre al escucharlas evocan la memoria de estos solemnes días. Con la primavera íntimamente unido, acude el recuerdo de las indescriptibles noches en que desde las gigantescas arcadas de nuestra Basílica se elevan hasta el cielo los soberbios acentos del *Miserere*; con ella vienen despues, como justa compensación, los risueños y alegres de nuestra típica Feria, y entonces los bailes, las

corridas de toros, las carreras, la ópera, y qué se yo cuántas más diversiones y fiestas. Esta es la gran temporada, que en vano trataría yo, carísimas lectoras, de describir con toda su magia y brillantez: hay tal riqueza de asunto y pormenores, que apenas si en sucesivas revistas, y copiando fielmente el natural, podré daros aproximada idea: os prometo, sí, lealmente teneros al corriente de cuanto ocurra en los círculos de nuestra aristocrática sociedad; daros cuenta de las reuniones, tertulias, bailes, teatros, paseos y todo género de distracciones á que acudais. También de vez en cuando, siempre que lo estime discreto, podré noticiaros alguna que otra intriguilla de esas que tanto se avienen con nuestra natural condición. La época se presta, y ciertamente que si con ellas sólo me propusiera escribir las revistas, á fe que tendría sobrado material. En los bailes del Círculo de Labradores y del Casino, en las tardes en que se verifican las carreras de caballos y en otras mil ocasiones, imagináos todos los datos que se podrán adquirir. Aquí teneis ya de manifiesto mi programa; sin apartarme de él, estimo que no caeré en vuestro desagrado, que para mí sería verdadera causa de disgusto, y creo que dentro de los límites que me he impuesto, quedaréis complacidas y yo en extremo agradecido á vuestra benevolencia. En cumplimiento, pues, de lo dicho, y apesar de que con la Cuaresma hay en los salones la consiguiente desanimación, bien creo poderos entretener algunos minutos hablándoos de lo ocurrido el sábado último en las moradas Gaviria y Solís.

* *

Gran número de personas acudió en la noche del último sábado al primero de los citados salones, con objeto de felicitar al Marqués en los días de su Santo. Teniendo en cuenta la austeridad de la época porque atravesamos, pasaron las primeras horas de la noche, hasta las doce, en un amenísimo rato, muy difícil, por sus encantos, de que pueda ser olvidado. Las diez y media próximamente serian cuando, sentadas en sus respectivos pianos la Marquesa de Gaviria y su hija D.ª Luz, las Sras. de Bayle y Mme. Frigerio, ejecutaron el brillante Ballet Luis XV. Despues la Srta. de Montenaeken, tan conocida ya de nuestra elegante sociedad por sus privilegiadas facultades para el canto, nos dejó oír su sonora cuanto melódica voz en una romanza con letra de Víctor Hugo, cuyo nombre, muy á pesar nuestro, no recordamos en estos momentos. De tal manera la interpretó, que á su final los concurrentes prorumpieron en los más calurosos y espontáneos aplausos. Quisiéramos seguir paso á paso todos los incidentes de este brillante concierto; pero ya que no me sea posible, por la falta de espacio, os diré al menos que tomaron parte en él la Sra. Prats de Carballo, volviendo de nuevo á deleitarnos con su voz la citada Srta. de Montenaeken, y terminando con la característica danza *Macabre*, ejecutada á cuatro manos.

Dadas ya las doce, aprovechando la entrada del nuevo día, varió el aspecto de la reunión con los preludios de los primeros rigodones, á los que siguieron los walses y polkas, en cuya agradable distracción corrió el tiempo hasta las dos, hora en que fué servido el the; con lo cual concluyó la agradabilísima fiesta.

* *

También el último lunes tuvimos el gusto de asistir á casa de los Sres. de Solís, tan conocidos por sus bondades y galanterías en los centros del *beau mond*. El rato que pasamos desde las nueve á las doce fué animadísimo, y ciertamente que no se echaron de menos los agradables entretenimientos de rigodones, walses y polkas, pues que en su lugar tuvimos el placer de oír cantos andaluces á las Sras. de Lasarte y Sedano, á quienes de muy buen grado estaríamos oyendo, nó un rato, sino todos los de nuestra vida. En este delicioso entretenimiento, que á nuestro juicio fué brevísimo, juntamente con las animadas conversaciones que cada cual sostenía, pasó la noche, esto es, el rato de tertulia, sintiendo yo por mi parte que tan pronto terminase la Cuaresma, pues que con la entrada de la nueva temporada de fiestas ha de sernos más difícil volver á oír á tan encantadoras criaturas.

* *

Tenemos entendido, por persona que nos merece entero crédito, que muy en breve habrá de celebrarse en el hermoso local de la Casa Lonja un gran concierto á beneficio de las escuelas gratuitas que en esta ciudad costea la Asociación de Señoras Católicas, en el que tomarán parte aristocráticas damas y también alguna señorita muy conocida de nuestra alta sociedad, que posee hermosas facultades para el canto, juntamente con un joven digno émulo de los Gayarres y Stagnos. Con tales elementos, con la cooperación que habrán de prestarles otros de gran valía, y por lo simpático del pensamiento, no dudamos que resultará un conjunto brillante, digno de Sevilla y de sus filantrópicos hijos.

Quedo, pues, en el encargo de noticiaros cuanto ocurra, y mientras tanto se os ofrece vuestro afectísimo

HERNAN.

SUMARIO

TEXTO.—Nuestros propósitos, por la Empresa.—Revista quincenal, por el Dómine Lucas.—Noticias sobre una fortaleza de la villa de Trigueros, por D. Fernando Belmonte y Clemente.—A la princesa María Ratazzi y á D. Luis de Rute en sus bodas, soneto, por D. Fernando de Gabriel.—En la conmemoración de la muerte de Ayala, soneto, por el mismo señor.—¡Eterna duda! poesía, por D. Luis Vidart.—¡El ateol. soneto, por D. Leopoldo Augusto de Cueto.—Sueño y realidad, por D. Luis Montoto.—Demócrito y Heráclito, por D. Francisco Ruiz Estevez.—Ilustraciones.—Salones, por Hernan.

ILUSTRACIONES.—Sevilla: El Triunfo.—Un peine imprevisto, cuadro de D. T. Povedano (copia del mismo autor).